

La intrépida Mona Carmona, deberá enfrentarse a uno
de los acertijos más difíciles de su vida

EL MISTERIO DE CHICHÉN ITZÁ

JOSÉ IGNACIO VALENZUELA



EL MISTERIO
DE CHICHÉN ITZÁ

EL MISTERIO
DE CHICHÉN ITZÁ

JOSÉ IGNACIO VALENZUELA

edebé

© 2024, José Ignacio Valenzuela
En colaboración con la Agencia Literaria Antonia Kerrigan

© Edición: Edebé, 2024
Paseo de San Juan Bosco, 62
08017 Barcelona
edebé.com

Directora de Publicaciones: Reina Duarte
Editora: Elena Valencia
Coordinación de la producción: Elisenda Vergés-Bo
Diseño de la colección: Aurora Iraita
Fotografía de cubierta: Unsplash - Depositphotos

1.ª edición, septiembre 2024

ISBN: 978-84-683-7036-1
Depósito legal: B. 6875-2024
Impreso en España / Printed in Spain

Queda terminantemente prohibido cualquier uso de esta publicación para entrenar tecnologías de inteligencia artificial (IA) generativa. El autor y el editor se reservan todos los derechos de licencia de uso de esta obra para dicho fin y para el desarrollo de modelos lingüísticos de aprendizaje automático.

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra (www.conlicencia.com; 91 702 19 70 / 93 272 04 45).

*A la sonrisa de Leonora,
cada vez que me llama «papá».*

La mejor receta para la novela policíaca: el detective no debe saber nunca más que el lector.

AGATHA CHRISTIE

Capítulo uno

Ciudad de México, dieciséis años atrás

La mujer había hecho tantas veces ese mismo recorrido en los últimos dos años que hasta los árboles parecían reconocer el sonido de sus zapatos. Desde su altura centenaria la vieron avanzar, como todas las mañanas, a lo largo de la explanada exterior que desembocaba, superados un par de peldaños, en el acceso principal del Museo de Antropología. Junto con cada paso dejaba atrás la enorme extensión del Bosque de Chapultepec, uno de los pulmones más grandes de Ciudad de México, invadido a esa hora de deportistas y personas que habían sacado a pasear a sus mascotas.

Consultó su reloj de pulsera y apuró la marcha. Llegaba tarde a causa del insomnio que la mantuvo despierta y con la vista fija en el techo de su habitación hasta altas horas de la madrugada.

No necesitó mirar hacia la derecha para saber que ahí estaba la colección de coloridos carromatos, donde un estridente batallón de vendedores ofrecía comida, frutas y recuerdos plásticos de diferentes piezas exhibidas en el interior del museo. Esa mañana tampoco le dedicó un vistazo especial a la escultura de Tláloc, el dios de la lluvia y la fertilidad, que se erguía

imponente a su izquierda. ¿Para qué? Desde sus tiempos de estudiante universitaria podía describirlo con los ojos cerrados: del corazón de la piedra surgían, en lo alto, dos prominencias que daban forma a los ojos. Entre ellos, la pincelada de una nariz gruesa. Más abajo, la larga y angosta boca. Un par de trazos verticales y horizontales daban forma a un robusto cuerpo cuadrado y esquemático. Una belleza arqueológica que cortaba la respiración. Tal vez por eso habían decidido instalarlo fuera del edificio, bajo un sol de plomo, como un milenario anfitrión encargado de dar la bienvenida a la marea de visitantes que a diario recibía el museo.

Sin detener la marcha, Alicia Lascuráin se acarició el vientre, que permitía apreciar su evidente embarazo.

—Vas a tener que esperar un poco para conocer el lugar donde tu mamá trabaja —dijo aludiendo a las semanas de obligatorio descanso previas al parto que comenzaban en unos pocos días—. Pero cuando lo hagas, estoy segura de que te sentirás orgullosa de mí, Mona.

Mona, su primogénita. El esperado bebé que ella y su marido aguardaban con tanta ilusión y que, de solo imaginárselo dormir dentro de la cuna que compraron juntos con dedicación, se le inundaban los ojos de lágrimas. Descubrió el nombre de Ramona un par de meses atrás, en un cuento de Agatha Christie que formaba parte del libro *Problema en Pollensa*, y de inmediato supo que así bautizaría a su primera hija. «Ramona», repitió durante mucho rato, satisfecha del sonido que emanaba de su boca. Ramona. Su adorada Mona.

Apenas la mujer cruzó la puerta de entrada al museo y dejó atrás el frontis donde se exhibía un colosal escudo nacional esculpido en mármol de Carrara, debió atravesar un detector de metales. Ese trámite que realizaba a diario le daba algo de seguridad. No mucha, pero la justa para sentir que al menos ahí estaba un poco más protegida que en la calle, o que en su propia casa. No tenía pruebas de que alguien la estuviera siguiendo, pero tampoco dudas. Le parecía sentir, a todas horas, un par de pupilas clavadas en su espalda, acechando cada uno de sus movimientos. Era obvio. No podía ser de otra manera.

Había decidido no contarle nada a su esposo. No pretendía angustiarse más de lo que él ya se encontraba ante el inminente parto y sus propios conflictos familiares. Porque la vida de su marido tenía suficientes problemas, sobre todo unos que involucraban a su padre y a su hermano, que vivían en Barcelona, al otro lado del mundo, y que cada día se hacían más graves y complejos.

No tenía más alternativa que la de hacer frente, en completa soledad, a esa suerte de cacería en la cual se hallaba atrapada. Una cacería donde ella jugaba el rol de la presa. La víctima. La que tenía todo que perder.

Sus pasos resonaron ahora dentro del majestuoso vestíbulo de acceso. Se detuvo un segundo a contemplar el mural donde una serpiente y un jaguar se enfrentaban en una agresiva pelea de fauces abiertas. La presa y su depredador. Rufino Tamayo, el célebre pintor mexicano que ella tanto admiraba, supo captar con maestría la cruel belleza que surge en el instan-

te preciso en que estalla la violencia. Pero no había nada hermoso en el acoso que ella estaba sufriendo: ni las llamadas telefónicas en mitad de la noche, ni los pasos furtivos a sus espaldas o el coche con las luces apagadas que circulaba misteriosamente por su calle... le ofrecían arte ni mucho menos belleza. Solo le entregaban la certeza de que se había metido en un terreno en el cual jamás debió entrar.

Luego de saludar con un leve gesto de cabeza al guardia de turno, Alicia empujó las puertas de vidrio que delimitaban el final del vestíbulo y entró en el patio interior, punto de inicio para recorrer la colección del museo. Prácticamente la mitad de dicho patio se hallaba cubierta por un enorme techo que se sostenía en un macizo pilar tallado, lo que le daba la apariencia de un paraguas gigante que desafiaba la ley de la gravedad. Del punto más alto de la columna brotaba agua que caía en una ruidosa cascada bajo la cual correteaban algunos de los escolares que, supervisados por sus maestros, estaban ahí para disfrutar de las exposiciones permanentes. «Introducción a la antropología», «Teotihuacán», «Culturas de Occidente», «Maya»... se podía leer sobre las puertas de ingreso a cada una de las salas de exhibición.

«Maya...», pensó con desaliento. Precisamente ese había sido el inicio de toda la pesadilla: la presión de su jefe por hacer un inventario de las joyas mayas recuperadas de las profundidades del Cenote Sagrado de Chichén Itzá.

Esta vez la mujer no se detuvo a saludar a sus compañeros de trabajo que circulaban por el lugar, ni bajó

el ritmo de sus pasos para apreciar la impresionante arquitectura que la rodeaba, ni tampoco quiso ver cómo el sol de la mañana bostezaba en el espejo de agua del cual sobresalían juncos, vegetación lacustre y algunas rocas en las que dormían un par de tortugas. No estaba para trivialidades. Algo mucho más grande le atormentaba los sentidos. Algo muy peligroso.

Con infinito cuidado de no dar un paso en falso a causa de la prisa y de la inestabilidad que le provocaban sus siete meses de embarazo, descendió una larguísima escalera que, cada tanto, le exigía acercar su identificación oficial a un lector de infrarrojos. Solo tras escuchar un corto pitido y ver que una luz verde se encendía en el receptáculo, podía continuar hacia un nuevo tramo de peldaños que la llevaban cada vez más abajo. Hacia las mismísimas tripas del museo.

Llegó frente a una puerta de metal sólido e impenetrable. «Acceso restringido», se leía en grandes letras rojas a un lado. Acercó una vez más su identificador al lector y se encendió un foco amarillo. Luego de tres intensos pitidos, la mujer marcó un código de seis números y oprimió un botón que provocó un chasquido al liberar el seguro de la cerradura. Se desplegó ante ella un nuevo corredor, uno mucho más estrecho y sombrío que el anterior.

Tras un breve recorrido desembocó en una enorme sala de paredes blancas, atestada de cajas de madera de diferentes tamaños, largas mesas de trabajo llenas de brochas, cinceles y martillos, y potentes focos de pantallas metálicas que colgaban desde el altísimo techo.

—¡Sebastián, ya estoy aquí! —exclamó recuperando el ritmo de su respiración.

Pero nadie respondió a su saludo.

Un leve escalofrío recorrió su espina dorsal al saberse totalmente sola en el sótano. Corroboró que, en efecto, el área de trabajo de Sebastián Conde, el fotógrafo oficial del museo con quien compartía un espacio en el subsuelo, se encontraba desierta. Sobre una de las mesas vio un largo trozo de terciopelo negro y en torno a él descubrió pequeños paraguas reflectores. Por lo visto, su compañero estaba a punto de retratar una nueva adquisición, o una reliquia recién llegada de algún asentamiento arqueológico, para actualizar los folletos y las fichas de archivo.

Para intentar aplacar la ansiedad que le provocaron el silencio y la soledad reinantes, avanzó hacia su mesa de trabajo. Ahí se topó con la montaña de papeles, recortes de periódicos y la libreta llena de anotaciones que la habían mantenido ocupada las últimas semanas. De un rápido vistazo volvió a repasar las palabras que, con profunda angustia, estuvo subrayando en rojo el día anterior y que terminaron por convertirse en la causa de su insomnio: *Edward Herbert Thompson...*, *Cenote Sagrado...*, *Museo Peabody...*, *Chichén Itzá...*, *Francesc Carmona...*, *ónix...*, *jade...*, *cabeza de buitre...*

Se frotó los ojos y dejó escapar un suspiro desbordado de ansiedad. Era un hecho: iba a tener que hablar con su jefe. Ya no podía continuar acumulando sobre sus hombros el peso de tantas revelaciones y secretos. Necesitaba compartir con alguien la magnitud del lodazal en el cual se estaba sumergiendo.

Recuperó, en el desorden de su escritorio, un archivador que contenía varias fotografías de piezas arqueológicas rescatadas del dragado ilícito realizado en el cenote en 1904, para seguir trabajando en ellas. Un sobre blanco que no reconoció se deslizó entre sus dedos, flotó unos instantes en el aire y cayó al suelo, junto a sus pies. Alicia no necesitó abrirlo para saber que contenía una nueva amenaza. Un brusco respingo dentro de su barriga la hizo aferrarse al borde de la mesa.

—Tranquila, Mona —susurró hacia su vientre con la voz más firme que pudo conseguir, a pesar del miedo—. No voy a permitir que nada malo te ocurra.

Pero ni ella, ni la persona que la acechaba en silencio desde una esquina de la bóveda se creyeron esas palabras.